

# ¿ESTABAMOS PREPARADOS PARA EL CAMBIO?

JOSE AUMENTE

**E**N el número 658 de TRIUNFO (26 de abril del 75) publiqué un artículo, "¿Estábamos preparados para el cambio?", que, por las especiales circunstancias del momento, supuso algunas dificultades para esta revista (1). En él sostenía la tesis de que el régimen era inviable, estaba condenado, aunque sólo fuese por razones biológicas, a "muerte natural"; y que las clases dominantes se iban a encontrar, pues, en la difícil tesitura de hacer frente a la necesidad de cambiar sus estructuras de poder. Y la gran pregunta que entonces me hacía era la de saber si, por una parte, las fuerzas políticas democráticas estaban preparadas para aprovechar la coyuntura, y por otro, si la población española era lo suficientemente consciente de ello, estaba lo necesariamente "formada" desde el punto de vista cívico y de moral ciudadana para hacerle frente. Porque desde el punto de vista político habría que dar por descontado su "incompetencia", después de cuarenta años de destrucción sistemática. Sobre ambos puntos mostraba mis dudas, que el tiempo no ha hecho sino acrecentar. Han pasado tres años y medio, la situación sigue bastante confusa, y pienso que merece la pena retomar el tema y preguntarse de nuevo: ¿se ha estado a la altura que las circunstancias permitían? La consolidación y el fortalecimiento de las clases dominantes, ¿no es ahora mayor que en los últimos años de Franco?

Hasta el 15 de junio del 77, fecha de las primeras elecciones democráticas en que por primera vez votamos la mayoría de los españoles, las "cosas" se fueron desenvolviendo con una cierta ilusionada esperanza. Había que manipular desde arriba, desmontar algunos resortes, dar acceso a determinados sectores políticos, permitir las "libertades formales". La habilidad del primer Gobierno Suárez para ir facilitando el cambio sin traumas, sin "ruptura" y, sobre todo, sin romper "intereses creados", fue admirada y reconocida por todos —y, por supuesto, más desde el extranjero— como una obra maestra de manipulación política y sutileza negociadora. Y, sin embargo, se trataba de algo así como la "cuadratura del círculo": no herir los intereses, prebendas o beneficios creados por cuarenta años de franquismo; y al mismo tiempo, dar libertades políticas para que las fuerzas democráticas se organizaran y actuasen. Y aquí radica el nudo contradictorio de la cuestión: ambos proyectos son absolutamente incompatibles. A los "poderes

reales" y "ciertos órganos estatales" no podían agradecerles que las fuerzas políticas democráticas desplegasen al máximo una actividad concienciadora del pueblo, y movilizasen a las masas; el temor a la "desestabilización" y a los llamados "poderes fácticos", por otro lado, coaccionaba a estas fuerzas políticas, limitando —cuando no inhibiendo— una clara y abierta política que movilizase al pueblo. Santiago Carrillo ha dicho, con razón, que "el talón de Aquiles del actual proceso democrático reside en la dificultad —por motivos obvios— de una parte de los componentes del Estado para identificarse con el proceso de reconciliación nacional y el sistema democrático" ("Mundo Obrero", 7-13 septiembre del 78). Pero habría que insistir, también, hasta qué punto ello ha agarrado de pies y manos a las fuerzas de izquierda.

Hasta el 15 de junio, insisto, las esperanzas fueron muchas, y se acudió a las urnas con verdadera ilusión renovadora. Después, poco a poco, a golpe de frustración tras frustración, el hombre de la calle se ha venido decepcionando. El hombre de la calle viene creyendo que "todo sigue igual", cuando no peor. Y lo que es más grave, también se ha venido decepcionando de los partidos políticos. Lo que resulta tremendamente preocupante, y exige, por lo menos, una investigación de las causas.

No se trata de juzgar por arriba la actividad de los partidos políticos; es decir, su política de alturas, en las Cortes, en los pactos, en el "consenso", en la línea política a nivel estatal. Probablemente ha sido la más conveniente, o, al menos, la única posible. Pero sí interesaría más analizar su forma de actuación hacia abajo, hacia la base, hacia el pueblo, incluso hacia sus propios militantes. El descenso del propio "nivel de militancia" en todos los partidos es un signo realmente alarmante.

En política, por supuesto, que los hechos no ocurren aislados, cada cual por su lado, sino que todos están entrelazados dialécticamente. El hecho es que, como dice Haro Tecglen (TRIUNFO, número 815, 9 septiembre del 78), "la izquierda democrática haya caído en la trampa de tener que defender la 'situación' con todas sus imperfecciones, y al propio Suárez, y a la permanencia de UCD en el poder; como la situación es insatisfactoria, su defensa hace perder credibilidad a los partidos de izquierda". Esto es así, efectivamente. Esta política de "altura" ha tenido sus costes, y el desgaste político ha sido inevitable. Aunque habría también que analizar el problema a otros niveles muchos más bajos, éstos que afectan a la situación del pueblo sobre la que los partidos han tenido que actuar, y a la forma como lo

han hecho. Pienso que es aquí, en estos dos puntos concretos, donde "hemos estado menos preparados para el cambio".

a) **La situación del pueblo.** En aquel referido artículo señalaba yo que durante los últimos treinta y tantos años se habían propiciado, fortalecido y ampliado otros muchos "demonios familiares" que habría que añadir a los que ya Franco nos había atribuido como naturales a los españoles. Y estos nuevos "demonios familiares", por supuesto, que no eran "naturales", sino troquelados por muchos años de franquismo. El franquismo no ha sido solamente una técnica peculiar de ejercer el poder, sino que, en esta forma de ejercerlo, se hallaba implícito todo un mundo de valores, de formas de vida, incluso de métodos de ganar dinero. Y todo esto se halla implícito, incluido, en nuestra propia estructura social. Se había llegado a unos extremos en que para que "las cosas siguieran marchando y hasta progresando", era imprescindible que funcionaran mal, con irregularidades, triquiñuelas, "pasar la vista gorda", e incluso que existieran flagrantes corrupciones. Y todos los españoles, queramos o no, sin darnos cuenta —incluso la clase trabajadora— hemos estado incluidos en esta dinámica de la vida socio-económica, profesional o laboral, y, por supuesto, empresarial.

Planteámonos ahora la posibilidad siquiera de que hay que trabajar y organizarse de otra manera mucho más honesta; romper el esquema mental que supone ese triunfalismo acostumbreado a "erollar" sin escrúpulos a todo el que se oponga; verse desprovistos de unas leyes que en cualquier momento pueden ser útiles para aprovechar situaciones oportunistas, etcétera, son situaciones frustrantes no sólo para nuestra burguesía, sino para un sector "cualificado" de nuestra clase trabajadora. Por otra parte, la mentalidad del consumismo, "del pasarlo bien", de "sacarle provecho a todo", es algo que ha impregnado hasta los túnetanos la manera de ser de los españoles. El franquismo ha significado el triunfo absoluto de la ideología burguesa —llevada a extremos de egoísmo agresivo y hasta cruel— en el terreno de la práctica cotidiana. Los propios trabajadores, en sus muchas veces absurdas y contraproducentes reivindicaciones concretas, se han visto atrapados en aspiraciones ajenas a sus verdaderos intereses generales de clase. Añadamos a este sombrío panorama sociológico la despolitización masiva, con la excepción de muy pequeñas minorías, que existía en todo el país. Tenemos así el "caldo de cultivo idóneo para la decepción, el desencanto, incluso la añoranza de 'unos mejores tiempos pasados'".

b) **La responsabilidad de los partidos po-**

(1) Supuso la suspensión de TRIUNFO durante cuatro meses (septiembre, octubre, noviembre y diciembre del 75), la multa de 250.000 pesetas, y para el autor, su procesamiento.

# PSOE



La función de un partido político, al menos si es de izquierda, no consiste simplemente en buscar a través de los votos unos puestos en el Gobierno, sino conseguir una transformación a fondo de la sociedad en que actúa. En las fotos, mítines de los partidos Socialista y Comunista con asistencia de sus respectivos secretarios generales.

líticos. Ante esta perspectiva, ¿cuál ha sido la actitud de los partidos políticos? Posiblemente la más peligrosa trampa en que han caído los partidos de izquierda ha sido la trampa "electoralista". Conscientes de que lo del 15 de junio fue un primer tanteo, han venido cuidando, desde entonces, la fabricación de aquella buena "imagen" que les garantizase el máximo de votos para las próximas elecciones. Y ha sido conducidos por esa obsesión —para ellos fundamental— como han actuado, han decidido, han tomado todas sus posturas políticas. El único indicador para ellos de que iban por el buen o mal camino eran los resultados de los "sondeos" de opinión. A ellos habrían de ajustar en todo momento sus actitudes políticas.

No se trata ahora de plantear ahora cuál es la función de un partido político. Pero sí de resaltar que, al menos si es de izquierdas, no consiste simplemente en conseguir un máximo de votos para desde esta plataforma tener la

posibilidad de unos "puestos en el Gobierno". Un partido político de izquierdas debe tener como objetivo fundamental de su tarea la de conseguir un **cambio fundamental** en el modelo político, económico y social de la sociedad en que actúa. Es decir, debe ser transformar a fondo las estructuras sociales y económicas. Y sería una especie de "cretinismo parlamentario" esto de creer que con la mitad más uno de los votos puede conseguirse semejante proyecto; que con la mitad más uno de los votos se tienen ya en las manos los necesarios resortes del poder como para efectuar tal cambio en profundidad.

Por supuesto que los resortes decisivos del poder son condición **sine qua non** para realizar algo en serio. Pero también es cierto que con una concepción electoralista de la política difícilmente se conseguirán aquéllos; y, lo que es peor, difícilmente se logrará que participen las masas, colabore el pueblo, "se forme" o "edifique" éste, para que la transformación de-

seada pueda convertirse en realidad. La democracia no consiste en permitir al pueblo que cada equis años deposite una papeleta de voto. De ser así, degeneraría rápidamente en una **manipulación** de las masas por los aparatos burocráticos de los partidos. Hoy las técnicas de publicidad son los suficientemente eficientes como para, dentro de ciertos márgenes, condicionar las decisiones de los votantes, y precisamente de aquellos indecisos y despolitizados que paradójicamente son los que en última instancia deciden los resultados de las elecciones. El riesgo, pues, de la democracia **representativa**, electoralista y parlamentaria, es la de convertir los partidos en "máquinas de conseguir votos" y reducir al pueblo a objeto de semejante manipulación propagandística.

Es posible que en este pecado estén cayendo hoy los partidos de izquierda. Al pueblo se le considera como el **conjunto de todos los electores**, y no como a la **totalidad de los ciudadanos-personas**. Pecado mucho más grave, en cuanto —como hemos visto— este pueblo necesita un especial cuidado **psicopedagógico**, para desintoxicarlo de tanta degradación cívica con que el franquismo le ha dejado marcado. Los partidos políticos tienen hoy entre nosotros, como quizá su principal tarea, esta de ayudar a los ciudadanos a **autoorganizarse** y **autogobernarse**. Porque ningún cambio cualitativo será posible sin que alcancen un desarrollo grande todas las múltiples formas de autoorganizarse a todos los niveles, sean comités de base, consejos populares, comunidades de vecinos, etcétera, sin que se participe efectivamente; sin que sea en la praxis como todos los españoles nos formamos política y cívicamente. El mayor riesgo en que, por el contrario, puede caerse es el dejar en manos de los **profesionales de la política** que sean ellos los que nos organicen y nos gobiernen; que sean ellos los que nos **sustituyan** en lo que debe ser responsabilidad de todos. Un verdadero partido debe ser —nadie lo dudará— **vanguardia** de los intereses que representa; pero vanguardia de la autoorganización y emancipación de esos intereses, nunca su **sustitutivo**, y mucho menos su **manipulador**. Un partido no debe ser jamás "vanguardia autoproclamada".

La pregunta surge al final ante nosotros: ¿hemos estado, pueblo y partidos políticos, a la altura de las circunstancias? ¿Preparados para este cambio que se presentaba como ineluctable? Pero por muchas dudas que nos asalten no es hora de mirar hacia atrás o reconsiderar el pasado. Lo que importa es el futuro. Lo que importa es que pueblos y partidos de izquierda procuren la suficiente **compensación** o **simbiosis** como para formar una sola y única cosa; lo que importa es que el pueblo se politice **seria y sanamente**; lo que importa es que ningún español haga **dejaición** de sus deberes políticos. Sólo así podremos ir caminando hacia un **cambio que sea cualitativo**, de verdad; y, sobre todo, evitaremos ese riesgo siempre amenazante de una **involución autoritaria**. ■